

días, aunque aún se cometen en Francia fraudes políticos, no son de tal calibre. Y lo mismo ha ocurrido entre nosotros. Si comparamos «la universal y odiosa perfidia de que se hacían reos continuamente los hombres políticos de todos los partidos (1)» durante el reinado de Isabel, cuando apenas conocía límites aún el poder monárquico, con la veracidad de los hombres de Estado de nuestro tiempo, tendremos una prueba análoga de las relaciones existentes entre la falsedad aneja á la tiranía y la sinceridad que acompaña al desarrollo de la libertad.

De donde resulta que las conexiones apuntadas entre la falsía y una vida de relaciones externas hostiles, y entre la veracidad y una vida de amistad interior, no se deben á ninguna relación directa entre la violencia y la mentira, ni entre la apacibilidad y la sinceridad, sino que se deben al régimen coercitivo que desarrolla el estado crónico de enemistad externa, y al régimen no coercitivo que desarrolla una vida de amistad interna. Añadamos á esto que, dentro del primer sistema de condiciones, la mentira apenas es objeto de reprobación moral, ó más bien pro-moral, y aun á veces no lo es de ningún modo; mientras que, bajo el segundo sistema de condiciones, se acentúa enérgicamente la reprobación pro-moral de la mentira, y aun en amplia escala la reprobación moral.

(1) Kirkus: *Fortnightly Review*, Nov. de 1866, pág. 644.

## CAPÍTULO X

### La obediencia.

§ 161. Bajo el nombre común de «obediencia» se comprenden dos géneros de conducta, que poseen muy diversas sanciones: permanente la una, temporal la otra. Equiparadas así la obediencia filial y la obediencia política, á las dos se asocia la idea de virtud; y casi todos los hombres piensan que la sumisión, loable en un caso, lo es también en el otro.

Pero forzoso es reconocer que la subordinación obligada del hijo al padre tiene su raíz en el orden permanente de la naturaleza, y es buena en absoluto, mientras que la subordinación del ciudadano al gobierno corresponde á un proceso transitorio, y no es buena sino dentro de ciertas condiciones.

Cierto que, en las sociedades cuyo génesis ha seguido la marcha que sir Henry Maine estima universal erróneamente, las dos clases de obediencia tienen una raíz común: el grupo patriarcal nace de la familia, y la sumisión de los hijos pequeños á los padres pasa á ser insensiblemente sumisión de los hijos adultos á su padre, y sumisión de los grupos de familia al padre del padre ó patriarca. Ciertamente también que, uniéndose

varios grupos patriarcales, se llega á una organización cuyo jefe político es un patriarca supremo. Pero en sociedades desenvueltas como las actuales, han desaparecido completamente esas formas primitivas de agrupación, y los dos tipos de obediencia han llegado á ser completamente distintos. Sin embargo, como inspirados en gran parte por el mismo sentimiento, las dos varían á la par comúnmente.

Examinemos los hechos, considerando en primer lugar los que se refieren á la subordinación del hijo al padre, y después los que se refieren á la subordinación del ciudadano al gobierno.

§ 162. Caracteriza á las primeras etapas sociales, no sólo la falta de jefes, y, por tanto, del sentimiento que determina la sumisión política, sino también con frecuencia una sumisión tan escasa de parte de los hijos, que el grupo familiar humano se confunde casi con el grupo familiar animal: la responsabilidad paterna y la sumisión filial cesan pronto.

Las razas americanas suministran ejemplos. Los araucanos (1), «no castigan nunca á sus hijos varones, por estimar que el castigo es degradante, y expone á hacer del futuro hombre un ente pusilánime, poco á propósito para llenar sus deberes de guerrero». Entre los arauacos (2) parece inspirar análoga indulgencia el cariño: un padre «soportará pacientemente cualquier insulto ó molestia que le ocasione su hijo, antes que propinarle una corrección». Y á propósito de los muchachos dacotas, leemos (3):

(1) E. R. Smith: *The Araucanians*. Nueva York, 1855, página 201.

(2) Hillhouse: *Journal of the Royal Geographical Society-London*, II, 229.

(3) Burton: *The City of the Saints*, pág. 131.

«A los diez ó doce años se rebelan abiertamente contra toda disciplina doméstica, y no vacilan en pegar á su padre, el cual padre da media vuelta entonces, rascándose la parte dolorida, y va á alabarse ante sus vecinos de haber engendrado un chico tan valiente.»

Algunas razas del antiguo mundo ofrecen ejemplos semejantes. Sobre los indígenas del Africa oriental escribe Burton (1): «Pasada la infancia, padre é hijo se convierten en enemigos como fieras.» Burckhardt (2), á su vez, pintando el carácter de los beduinos y comentando «las contiendas diarias entre padres é hijos», dice que, «en vez de enseñar modales al muchacho, el padre le instiga á que apalee y apedree á los extraños que se dirijan hacia su tienda», á fin de ejercitar su valor. En otra parte añade:

«El joven, tan pronto como puede, se emancipa de la autoridad del padre... En cuanto logra hacerse á su vez dueño de una tienda... no oye ningún consejo, ni obedece en el mundo á nada más que á su voluntad.»

A la insubordinación hacia los padres se junta á veces la crueldad con ellos en la vejez. Entre los chippeuayanos (3), «se abandona á los viejos, y todo el mundo los trata sin ningún respeto, incluso sus hijos;» y los kamchadales no «miraban siquiera como una violación del deber filial el matar á sus padres, cuando llegaban á ser una carga gravosa (4)».

Con quien menos miramientos se guarda es con las madres, á causa del desdén que inspira su condición

(1) Idem: *The Lake Regions of Central Africa*, II, 333.

(2) Burckhardt: *Notes on the Bedouins and Wahabees*, 1829, páginas 201, 56.

(3) Hearne: *Journey from Prince of Wales' Fort*. Dublin, 1796, pág. 345.

(4) Kotzebue: *New Voyage round the World*, 1830, II, 16.

de esclavas de los hombres. Los dacotas (1) enseñan á sus hijos «á obligar á las madres á trabajar por ellos. En las islas Viti (2) «una de las primeras cosas que se enseña á los niños es á pegar á sus madres, porque, si se descuidase esa lección, podría temerse que el muchacho llegase á ser un cobarde». Cuando un joven hotentote puede ya rozarse con los hombres «es dueño, si le place, de insultar á su madre impunemente; es dueño de apalearla, sin temor de que nadie le pida cuentas. Esos actos se consideran como pruebas de virilidad y valentía (3)».

Acerca de los jóvenes zulús, escribe Thompson (4):

«Es un hecho desconsolador el ver que, si su madre intenta castigarlos, siendo aún unos niños, la ley los autoriza á matarla inmediatamente.»

Y Mason, hablando de los karens, dice (5):

«A lo mejor, cuando molestan á los hijos las reprensiones de la madre, exclama uno de ellos: «Mucho habla mi madre; no estaré contento hasta que se muera. Voy á venderla, aunque no me den más que un gong ó cinco rupias.» Y la vende.»

En estos ejemplos, la falta de obediencia de los hijos hacia los padres coincide con un tipo inferior de organización social. Pero esa relación no es uniforme, como lo comprueba el caso de los esquimales (6) «entre quienes es muy grande el cariño de los padres por los hijos, y muy rara la desobediencia de estos últimos. Los padres no imponen nunca á sus hijos un castigo corpo-

(1) Burton: *The City of the Saints*, pág. 131.

(2) Williams: *Fiji and the Fijians*, I, 177.

(3) Kolben: *Present State of the Cape of Good Hope*, I, 123.

(4) Thompson: *Travels in Southern Africa*, 1827, II, 418.

(5) Mason: *Journal of the Asiatic Society of Bengal*, XXXVII, 2.<sup>a</sup> parte, 144.

(6) Cap. Hall: *Life with the Esquimaux*, 1864, II, 314.

ral». De aquí lo que parece desprenderse es que en los grupos sociales inferiores lo mismo puede existir la obediencia que la desobediencia filial; pero que, si los grupos son de los que llevan una vida de antagonismos, entonces la falta de la obediencia filial no les deja adquirir la cohesión que la organización social requiere.

§ 163. Así lo indican los casos inversos, tal y como se observan en varios tipos de hombres.

Si con los semitas nómadas, citados atrás, comparamos otros semitas, originariamente nómadas, pero llegados después á una vida sedentaria y á una organización política, veremos en los unos poca subordinación filial y mucha en los otros. El cabeza de familia tenía entre los hebreos el derecho de vida y muerte (*Génesis*, XXXVII, 24). En el decálogo (*Exodo*, XX, 12), el precepto de honrar á los padres viene inmediatamente después del de obedecer á Dios. El *Levítico* (XX, 9) amenaza al que maldice á su padre ó á su madre con el castigo destinado al blasfemo; y el *Deuteronomio* (XXI, 18-21) manda matar á pedradas al hijo rebelde. Sobre otra rama de la raza semítica, la asiria, cuya organización social obedecía al tipo coercitivo, leemos lo siguiente:

«El padre era dueño soberano en su casa. Si un hijo ó una hija desconocían la autoridad paterna, eran vendidos como esclavos; y si se revelaban contra su madre, quedaban fuera de la ley (1).»

En los primeros tiempos, el indio demostraba su piedad filial, no sólo con ofrendas de manjares al padre, al abuelo, al bisabuelo difunto, etc., sino que se la demostraba también, é inequívocamente, en vida.

(1) Geo. Smith: *Ancient History from the Monuments. Assyria*, 1875, pág. 14.

«El padre de Nakiketas había ofrecido lo que se llamaba un sacrificio universal, el cual exige que un hombre renuncie á todo lo que posee. El hijo, que había oído hablar del voto de su padre, le pregunta si está resuelto á cumplir su promesa sin restricciones. El padre vacila al pronto; pero después exclama airado: «¡Sí! ¡y ofreceré en sacrificio tu propia vida!» Pronunciadas estas palabras, tenía que cumplir su voto y sacrificar al hijo. Este último se presta en seguida espontáneamente á facilitar el cumplimiento de la temeraria promesa (1).»

Y no aparece menos clara esa correlación en China, donde ha subsistido hasta nuestros días desde fecha inmemorial. Al culto de los antepasados, con sus ofrendas periódicas de alimentos, ha acompañado siempre la absoluta subordinación de los hijos á los padres durante la vida de estos últimos. Confucio dice (2): «¡La piedad filial y la deferencia fraternal! ¿No son la raíz de todas las buenas acciones? Según reza un antiguo adagio chino, «entre las cien virtudes, la piedad filial es la primera», y un edicto sagrado de 1670, declara que la piedad filial es en China «el primero y el principal de los deberes». Otro tanto pasaba en una gran sociedad cuya historia se remonta más allá de nuestra cronología: me refiero á los egipcios. Según Ptah-hotep (3), «el secreto del deber moral es la obediencia, y su raíz la obediencia filial.» Y no ocurría otra cosa en aquella sociedad que, reducida al comienzo á simple

(1) Max Müller: *Hibbert Lectures. On the Origin and Growth of Religion in India*, 1878, páginas 333 y 334.

(2) Confucio: *Analects*, I, 2. — Edkinson: *Religious Condition of the Chinese*, 1854, pág. 155. — Legge: *Religions of China*, 1880, pág. 104.

(3) Poole: *Contemporary Review*, Agosto de 1881, pág. 286.

grupo de tribus, se dilató progresivamente hasta extenderse por toda Europa y por parte del Asia y del Africa. En los primitivos días de Roma, y mucho tiempo después, la sumisión de los hijos respecto de los padres era absoluta—mayor, sin duda, que en China: porque, aunque aquí los padres han conservado hasta hoy el derecho de infanticidio, y pueden vender sus hijos como servidores ó esclavos; y aunque, consiguientemente, los hijos adultos no pueden hacer nada sin la aprobación de sus padres, y estos últimos pueden confiscar siempre sus bienes, no leemos que los chinos hayan ejercido el derecho de vida y muerte sobre sus hijos adultos, como lo hicieron los romanos. —No hay que decir que al reconocimiento de ese absoluto poder paterno acompañaba la idea de que la sumisión del hijo debía ser absoluta. Y si en el curso ulterior de la historia europea no han ido tan allá esa autoridad de los padres y esa subordinación de los hijos, sin embargo, hasta tiempos relativamente modernos han sido muy acentuadas.

De esa suerte, diversos tipos de hombres nos muestran que la obediencia filial ha acompañado siempre al desarrollo y consolidación de las sociedades, por lo menos durante las primeras etapas de ese desarrollo.

§ 164. El grado á que puede llegar la obediencia política depende muy principalmente de la existencia de condiciones favorables. Si los caracteres físicos del país impiden la formación de grandes agrupaciones humanas—como sucede en los espacios estériles, que obligan á la vida nómada, ó donde se interponen entre unos y otros grupos cadenas de montañas—el sentimiento filial no parece tender á extenderse fuera de los límites patriarcales, y, aun desenvolviéndose dentro

de estos límites, puede ofrecer resistencia á toda autoridad más amplia. Véase el ejemplo en los konds (1):

«Todas las tribus profesan el mayor respeto al jefe de familia, siendo uno de sus adagios que «el padre de un hombre es su dios sobre la tierra». Su organización es estrictamente patriarcal: el padre es siempre el jefe absoluto de la familia; y la desobediencia hacia él se mira siempre como un crimen.»

En el mismo caso se halla otro pueblo montañés, el de los bhils (2), que, aunque sometándose hasta cierto punto á los jefes generales, demuestran suma adhesión á los jefes de familia ó patriarcas que designan con el nombre de «turuis».

«Tan asombroso es el influjo del jefe sobre ese pueblo fanático, que jamás, ni en situaciones desesperadas, se resuelven á hacerle traición. Si el turui lo desea, les parece la cosa más natural del mundo matar á alguien ó resignarse á morir ellos mismos.»

De esa extensión de la obediencia filial puede surgir con el tiempo la obediencia política, cuando las circunstancias físicas son favorables, y sobre todo en pueblos que organizan acciones combinadas para la guerra. Pallas dice (3) que «los calmucos demuestran una gran adhesión hacia sus jefes legítimos», y honran y obedecen á sus padres. Entre los sgaus (4), rama de los karens (evidentemente distinta de las otras), dicen los ancianos:

(1) Rowney: *The wild Tribes of India*, 1882, pág. 101.

(2) Hunter: *Journal of the Royal Asiatic Society. London*, VIII, 189.—Malcolm: *Memoir of Central India*, 1823, II, 180.

(3) Pallas: *Historische Nachrichten über die Mongolen*. San Petersburgo, 1776, I, 106.

(4) Mason: *Journal of the Asiatic Society. Bengal*, XXXV 2.<sup>a</sup> parte, 12.

«¡Hijos y nietos! respetad y reverenciad á vuestro padre y á vuestra madre... ¡Hijos y nietos! obedeced las órdenes de los reyes, porque los reyes, en los primeros tiempos, obedecían los mandatos de Dios.»

Pero donde los dos géneros de obediencia aparecen más íntimamente relacionados es en las grandes sociedades de los tipos primitivos. En China, donde, como ya hemos mostrado, se lleva al extremo la obediencia filial, vemos que se insiste sobre las dos simultáneamente, como cuando Tsze-hea elogiaba al hombre «capaz de desplegar su mayor energía al servicio de sus padres y de consagrar su vida al servicio de su príncipe»; ó, según prueba la conducta de Confucio, que, amén de prescribir como hemos visto, la obediencia filial, «cuando pasó por delante del sitio vacío en que se sentaba el príncipe, pareció inmutarse su semblante, se le doblaron las piernas y hablaba como si le faltase el aliento (1)». Pasemos á Persia, no sin advertir antes que á veces hubo en China sus disentimientos sobre ese punto, como demuestra un pasaje de Meng-Tseu aconsejando la rebelión. En Persia encontramos también manifestaciones aisladas de independencia, como la del derviche, que decía: «Los reyes están para proteger á los súbditos, y no los súbditos para servir á los reyes»; pero, en general, se exhortaba á la obediencia política, cuando no por otros motivos, por razones de prudencia. Uno de sus visires declaraba:

«Tener opiniones distintas del rey equivale á bañar vuestras manos en vuestra sangre. ¿Afirmas el rey durante el día que es de noche? Decid que véis brillar las pléyadas y la luna.»

(1) Confucio: *Analects*, I, 7; x, 4.

Y Sadi (1) preceptúa una actitud sumisa como parte del deber. Sirva de ejemplo esta sentencia:

«Todo el que posee las prendas de la rectitud posa la cabeza sobre el umbral de la obediencia.»

Los antiguos indos, que, según se ha notado, llevaban hasta el último extremo la sumisión del hijo al padre, encarecían enérgicamente el deber de la sumisión política. Así, el *Código de Manú* (2) considera como un desacato el tratar á un rey, aun siendo un niño, «como si fuese un simple mortal; es una gran divinidad bajo forma humana». En Egipto, además de la exhortación ya citada, de Ptah-hotep, de obedecer á los padres, puede mencionarse esta recomendación suya de una más amplia obediencia: «Si te humillas para obedecer á los superiores, tu conducta será completamente buena ante Dios (3).» Duncker, comentando las serviles prosternaciones que representan las esculturas y las pinturas egipcias, advierte que aquel pueblo «adoraba á sus reyes como divinidades del país». Y en efecto, las inscripciones grabadas en las tumbas de los funcionarios mencionan como pruebas de su virtud actos que implicaban tal culto. Lo mismo entre los hebreos. Si en el *Decálogo* aparecen íntimamente unidas la obediencia religiosa y la obediencia filial, en otros lugares se agrega á ambas la obediencia política, como en los *Proverbios*, xvi, 10, donde se dice: «Sentencia divina es lo que profieren los labios del rey; no prevaricará su boca en sus juicios.»

Análoga correlación puede seguirse al través de toda la historia europea. Al par con la teoría y la prác-

(1) *Sadi*, I, estancias 28, 31; 25.

(2) *Manú*, VII, 8.

(3) *Records of the Past*, New Series, III, 21.—Max Dunker: *History of Antiquity* (trad. ing. de Abbott), I, 184.

tica de la absoluta sumisión del hijo al padre, imperaban la teoría y la práctica de la absoluta sumisión al jefe del grupo—primero al jefe local, mientras los grupos fueron poco numerosos y coherentes; después al jefe central, cuando se extendieron y consolidaron.—Al establecerse el feudalismo, tras formas de gobierno menos definidas, surgió primeramente la fidelidad al señor feudal, y más adelante, con los progresos de la unificación política, la fidelidad al rey. En la antigua literatura épica de Francia, el único crimen inexpiable es la traición de un vasallo, y la más noble virtud su lealtad. En nuestro país acreditan el predominio del mismo sentimiento la extraordinaria lealtad de los *highlanders* hacia los jefes de sus clanes, y su lealtad posterior á los Estuardos como reyes. La nobleza inglesa, aparte otros modos de manifestar ese sentimiento, lo expresaba en muchas de sus divisas; por ejemplo: los Paulet y otros: «Amad la lealtad;» los condes de Grey y otros: «De buen grado servir al rey»; los condes de Lindsay: «La lealtad me encadena»; los barones Mowbray: «Seré leal por toda la vida»; los condes de Rosse: «Por Dios y el Rey»; los Adair: «Leal hasta la muerte (1).»

Y notemos aquí, á propósito de esta frecuencia con que se declara la lealtad el más alto sentimiento, lo mucho que recuerda la frecuencia con que otros nobles proclamaban como el sentimiento más digno el de agresión.

§ 165. La explicación de esta coincidencia reside en el hecho de que ambos sentimientos acompañan al régimen militar permanente. Si se recuerda que el jefe en un comienzo, después el rey, y más tarde el empe-

(1) Burke y Debrett: *Peerage*.

rador, es ante todo el generalísimo, y que su supremacía en tiempo de paz no es más que una continuación de su mando supremo en tiempo de guerra, se verá claramente que la obediencia política se identifica en un principio con la obediencia militar. Basta advertir, por otra parte, que el éxito en la guerra reclama como una condición esencial la subordinación absoluta al que ejerce el mando supremo, y que la subordinación absoluta al mismo como rey es un hecho concomitante, para convencerse de que, mientras subsiste el régimen militar, ambas subordinaciones siguen siendo una misma cosa.

Concurren á evidenciar esta correlación algunos cuantos casos en que se extrema la obediencia política sobre la de cualquier otro linaje. El primer testimonio que puede aducirse nos lo depara un pueblo de otros días, los guerreros y canibales mejicanos, que atacaban á sus vecinos para procurarse víctimas con que acallar á sus hambrientos dioses. Moctezuma II, según Herrera (1), exigía un respeto tan alto que rayaba casi en adoración. Ningún hombre del pueblo debía contemplar su cara, so pena de muerte. Para Pedro de Gante, «la nota más despreciable del carácter de los indios es su servilismo»; y Herrera, hablando de su lealtad, cita á un hombre que no quiso nunca hacer traición á su señor, y que antes que tal cosa se dejó despedazar por los perros. Entre los pueblos aún existentes, los canibales de Viti nos ofrecen un ejemplo notable. Erskine (2) nos pinta á esos salvajes feroces, que se gozan en la guerra y en

(1) Herrera: *Historia general de América* (1601), trad. ing. de J. Stevens, 1725, III, 203.—Ternaux Compans: *Relations pour servir à l'Histoire de la découverte de l'Amérique*. Paris, 1837, II, 195.—Herrera, VI, 126.

(2) Erskine: *Cruise in the Western Pacific*, 1853, página 208, 456.—Williams: *Fiji and the Fijians*, I, 30.

la destrucción, como hombres de una profunda fidelidad. Tan obedientes son á sus jefes, dice Jackson, que se los ha visto comer piedra pómez, cuando así se les mandaba; y según Williams, un condenado á muerte permanece suelto cuando le van á matar, y él mismo declara que «todo lo que manda el rey debe hacerse». De esos sanguinarios dahomeyanos que hasta tienen su ejército de amazonas, refiere un viajero (1) que «ante el rey todos son esclavos igualmente», y otro afirma que «le veneran con una mezcla de amor y de temor que raya en veneración casi»: «se estima que los padres no tienen ningún derecho sobre los hijos, los cuales, como todo, pertenecen al rey». De forma que esta subordinación política ahoga todas las otras clases de subordinación.

Y no son sólo estos casos extremos, ni los correspondientes en inverso sentido, los únicos que revelan la conexión indicada. La revelan también los casos intermedios, como puede verse en los varios pueblos de Europa. En Rusia, toda la vida nacional se halla subordinada al régimen militar y á sus exigencias; y, entre todos los europeos, los rusos son los que manifiestan la obediencia más depresiva, atrayéndose por ello los aplausos de Carlyle. Erigiendo la lealtad en culto, se someten sin resistencia á cuanto dictan todos los funcionarios, desde el más alto al más bajo. Viniendo al extremo opuesto, nosotros somos el pueblo en cuya vida ocupan menos lugar el régimen militar y sus manifestaciones, y en donde menos sumisión política existe. El gobierno ha llegado á ser un servidor, en vez de un amo. Los ciudadanos critican severamente

(1) Ellis: *The Ede-Speakin Peoples of the Slave Coast of W. Africa*, 162, 163.—Dalzel: *History of Dahomey*, 1793, página 69.

sus principios; discuten sobre la conveniencia de abolir una de las Cámaras legislativas, y arrojan del poder á los ministros que no les agradan.

Y lo mismo se observa cuando comparamos las primeras fases y las ulteriores de una misma nación. Vemos entonces que al punto que la vida de amistad interna prevalece sobre la vida de enemistad externa, el sentimiento de obediencia decae. Aunque grande es la sumisa lealtad que se profesa al actual emperador de Alemania, no es tan grande, sin embargo, como la que se demostraba al conquistador Federico II, cuando Forster escribía: «Lo que me disgustó principalmente era el endiosamiento del rey (1).» Si, á pesar de la forma nominalmente libre de su gobierno, la masa del pueblo francés deja pisotear sus libertades hasta un punto que, según los delegados ingleses en un congreso obrero de París, era «una vergüenza y una anomalía en una nación republicana»; sin embargo, esa subordinación voluntaria no es ya tan grande como en el tiempo en que la guerra elevó la monarquía francesa á su cenit. Por lo que hace á nosotros, al par que con un contraste marcado entre el estado de guerra interior y exterior de los primeros tiempos, y la completa paz interior unida á una larga paz exterior que los tiempos modernos han conocido, existe un contraste no menos marcado entre la gran lealtad demostrada en pasados días y la lealtad mediocre, nominal en gran parte, demostrada al presente.

Sólo nos falta añadir que al decrecimiento de la subordinación política ha acompañado el decrecimiento de la subordinación filial. A la dura autoridad de los padres y la humilde sumisión de los hijos en los siglos anteriores, ha sucedido en nuestro tiempo un ejercicio muy moderado de la autoridad paterna, y una subordi-

(1) Baring Gould: *Germany Past and Present*, II, 302.

nación filial que, sobre ser mucho menos acentuada que antes durante la adolescencia, acaba casi al llegar la edad del matrimonio.

§ 166. Así, pues, aunque inspiradas por análogo sentimiento, y sometidas en general á simultáneas variaciones, esas dos especies de obediencia, la filial y la política, tienen sanciones diferentes. La una se relaciona con las leyes de la vida, al paso que la otra depende de las exigencias del estado social, y á compás de ellas cambia.

Para la obediencia del hijo al padre existen dos razones: la imperfección relativa de su desarrollo y la obligación de corresponder á los beneficios recibidos. Esas razones son á todas luces permanentes; y aunque con el progreso del hombre y de las sociedades desde los tipos inferiores hasta los tipos superiores, decrece la sumisión filial, sin embargo, siempre debe subsistir algo de ella, y algo que seguirá inspirándose en un sentimiento moral propiamente dicho.

Por otra parte, la obediencia política, no existente en los grupos de hombres primitivos, nace durante las integraciones políticas que la guerra efectúa; es decir, durante el crecimiento y organización de grandes sociedades formadas por conquistas sucesivas. En esas sociedades el desarrollo de la obediencia política es una necesidad, puesto que sin ella serían imposibles las acciones combinadas á que se deben las anexiones y unificaciones.

Lo cual quiere decir que, siendo su función transitoria, el sentimiento de la obediencia política debe decrecer á medida que decrece la exigencia de la función. Conforme declina ese sistema del *estatuto*, característico del tipo de organización militar, y se desarrolla el sistema del contrato, característico del tipo industrial,

la exigencia de la sumisión va cediendo poco á poco. El cambio de sentimiento correspondiente al tránsito de la cooperación obligatoria á la cooperación voluntaria, no modifica sólo las relaciones de los ciudadanos entre sí, sino también sus relaciones con el gobierno: no se exige ya ni se siente el mismo grado de obediencia hacia él. La sumisión humilde deja de ser una virtud, y surge, en cambio, la virtud de la independencia.

La decadencia de la sumisión política y de la creencia en su carácter obligatorio, marchan á la par con una subordinación creciente á principios morales, con una conciencia más clara de la supremacía de estos últimos, y con el propósito de atenerse á ellos más que á las prescripciones legislativas. Los sentimientos promorales que estimulan á obedecer al gobierno se encuentran cada vez en mayor conflicto con los sentimientos morales que estimulan á obedecer á la conciencia. Esta última suscita una oposición creciente á las leyes contrarias á la equidad; y cada vez se comprende mejor que la coerción legal sólo es admisible en tanto que la ley sea salvaguardia de la justicia.

Claro es que, mientras siga siendo apremiante la necesidad de la subordinación política, no es fácil reconocer que la obediencia política constituye una virtud puramente transitoria; y mientras la necesidad apremie, seguirá en pie la autoridad ilimitada del poder gubernamental (si no el de un hombre, el de una mayoría). Mas, si por las pasadas mudanzas cabe colegir las futuras, bien puede inferirse que, en una fase avanzada de civilización, la esfera de la obediencia política se encerrará dentro de límites relativamente estrechos; y que, más allá de esos límites, la sumisión del ciudadano al gobierno parecerá tan meritoria como hoy el servilismo de un esclavo hacia su amo.

## CAPÍTULO XI

### El trabajo.

§ 167. Para comprender el origen y las variaciones de los sentimientos morales y pro-morales que en diversos tiempos y puntos han prevalecido acerca del trabajo, debemos fijarnos ante todo en ciertas distinciones fundamentales entre las esferas de la actividad humana y en sus relaciones con el estado social.

La industria, tal y como ahora la entendemos, apenas existe entre los hombres primitivos, y difícilmente puede existir antes de inaugurarse el estado pastoral y agrícola. El salvaje primitivo, que vive de los productos naturales, tiene que consumir sus energías principalmente en buscar y coger esos productos, algunos de los cuales, como los frutos y raíces, son fáciles de obtener, pero otros no se alcanzan sin dificultades y peligros, como los animales ágiles ó de gran tamaño. El resto de las energías lo absorbe un empeño más difícil y peligroso que la caza: la guerra con los semejantes. Por tanto, las ocupaciones del hombre ajeno á toda civilización pueden dividirse *grosso modo* en dos clases: las que requieren fuerza, valor y destreza en gran escala, y las que no requieren esas cualidades ó no las